

ñanza superior. La discusión, esperada con gran curiosidad, fijóse para los últimos días de la Cuaresma y se aplazó luego para después de Pascua, á fin de que los cardenales pudiesen tomar parte en ella. Los católicos abrigaban la doble esperanza de provocar con sus revelaciones un pánico público y una grande emoción en el gobierno. Pero como todo se volvió contra ellos, resultó que sus adversarios no sufrieron más que un ligero descalabro donde se esperaba una derrota. Los debates versaron, ora sobre generalidades del vitalismo, la filosofía alemana y las tendencias respectivas de las escuelas de París y de Montpellier, ora sobre irritantes interpretaciones de palabras y textos. Las generalizaciones engendraron el cansancio; y las palabras fueron negadas, desautorizadas ó rectificadas por aquéllos á quienes se esperaba acusar y confundir. Todos los cardenales estaban en sus escaños. En la alta asamblea les rodeaba el más profundo respeto. A cada una de sus palabras se rendía tributo á la unción de su lenguaje, se les calificaba de ilustres y de eminentes y, cuando otra cosa no podía decirse, se les trataba de venerables. Su prestigio era mayor que su influencia. Ancianos vueltos á las creencias religiosas á causa de la perspectiva de la muerte ó del instinto de la conservación social, los senadores experimentaban de vez en cuando vehementes cóleras, y aclamaban entonces con grandes demostraciones á sus colegas eclesiásticos; pero pronto volvían á abismarse en su asiento, como extenuados por su esfuerzo, y veíase extinguir en ellos la viva llama que les había reanimado un instante. Habló monseñor de Bonnechose, arzobispo de Ruán, personaje de gran porte, de espíritu muy político, de elevada cultura intelectual, y que conservaba en sus ademanes y en su lenguaje algo de las funciones judiciales en que había pasado su juventud. Hizo luego uso de la palabra el arzobispo de Burdeos, monseñor Donnet, el menos elocuente de los cardenales, pero el más querido de todos: mezclábanse en él grandes cualidades con pequeñas ridiculeces; era celoso del culto, gran constructor de iglesias en su diócesis, expansivo con cierta vanidad, apasionado por el bien, bueno por encima de todo, *bueno como la vida*, según decían de él los bordeleses. De todos los discursos episcopales, el más escuchado fué el de monseñor Darboy, quien reunía varios de los dones que constituyen á los buenos oradores: la elevación del pensamiento, la ciencia de los matices, la frase exquisita y la claridad transparente. Además, sus palabras ofrecían un interés particular, por cuanto se le consideraba como el prelado de más valimiento en las Tullerías. A pesar de su mérito, aquellos discursos no respondieron del todo á la majestad del asunto. Todas aquellas apologías, apreciables por algún concepto, provocaban el inmenso deseo de una elocuencia bastante dominadora para desprenderse de las torpezas de la petición, evitar ó acortar las discusiones de los textos, condensar y simplificar los principales puntos del debate, proclamar á la faz de la asamblea, del gobierno y del país las verdades obscuras ó negadas. Pero ¿quién era capaz de rayar á tal altura á no ser los que no se encontraban allí? De los contemporáneos, sólo dos hubieran sido verdaderamente dignos de semejante tarea: Guizot, con la gran fuerza de su generalización elocuente, y Montalembert con los arranques de su pasión.

El libre pensamiento tuvo dos abogados: el uno alegó las circunstancias atenuantes, y éste fué el comisario del gobierno, M. Charles Robert; el otro hizo osadamente su apología, y fué Sainte-Beuve. Las circunstancias atenuantes poco importan. La apología merece nuestra atención. Sucumbiendo ya á un mal inveterado é incurable, Sainte-Beuve tomó aquel día por última vez la palabra en el Luxemburgo. Su discurso fué pronunciado en voz tan baja, que apenas se le oyó; el Senado, que no le quería, estuvo voluntariamente tumultuoso. Pero la estenografía grababa frase por frase lo que el público no dejaría de leer. Las doctrinas fueron atrevidas y puestas de relieve con una tranquilidad más provocante de lo que lo hubiera sido la vehemencia. «El sentido común, dijo el orador, es la tendencia á reducir al minimum la creencia en lo sobrenatural.» Aludiendo á las diócesis gobernadas por los cardenales, Sainte-Beuve proclamó que había «otra diócesis sin límites fijos, que se extendía por toda Francia, por todo el mundo; que no tenía obispo ni presidente de consistorio; que contaba por millares los deístas, espiritualistas, panteístas, positivistas y realistas: la diócesis del libre pensamiento.» «Llegó la hora, continuó diciendo, de afirmar la entera libertad filosófica para las ideas,» y, aprovechando un momento de silencio, lanzó con mucha naturalidad estas palabras algo solemnes: «Legisladores, creedlo, no es demasiado temprano para ello; no son las siete ni las diez de la mañana, es el mediodía.» A estos insólitos acentos, todos los senadores, aun los más viejos, como despertados de sopetón, se agitaron; los cardenales, levantándose de su asiento, prorrumpieron en protestas, y más que todos el excelente cardenal Donnet, que estaba fuera de sí. Sin embargo, el orador continuó su discurso con la misma placidez irritante. Las explicaciones que siguieron se encaminaron á definir la situación del Estado, que debía practicar respecto á los sistemas filosóficos y teológicos una especie de incredulidad superior y benévola en su protección. Para mayor malicia, Sainte-Beuve puso sus palabras bajo la autoridad de Napoleón I, ese semidiós que para muchos senadores eclipsaba al mismo Dios verdadero. Habiendo provocado hasta el colmo la irritación del auditorio, sentóse, quebrantado por el esfuerzo que acababa de hacer, pero contentísimo de las iras que había excitado. El 23 de mayo de 1868 pasóse á votación, y desechóse por 80 votos contra 43 el traslado de la petición al gobierno. La minoría era considerable, pero la manifestación distaba mucho de tener la importancia ambicionada.

El gran castigo de Sainte-Beuve hubiera estado en visitar hasta en sus ínfimos rincones la vasta diócesis que acababa de describir. En sus visitas pastorales hubiera encontrado extrañas ovejas. En dos años, los jóvenes facciosos del Congreso de Lieja se habían afirmado en sus audacias, habían reclutado adictos, y, sin ser aún legión, su número era ya considerable. Habían difundido sus imprecaciones por el extranjero. Sus delegados habían recorrido Bélgica, Suiza é Inglaterra. Mientras se desarrollaban en el Luxemburgo los debates sobre la petición Girault, también tenían ellos sus conciliábulos. Para ellos, las doctrinas no eran más que un disfraz; no se alimentaban más que de pasiones. Su incredulidad era una fe, más intolerante que religión

alguna lo fué jamás. Con una especie de superstición, procuraba desterrar de su lenguaje todo lo que, de cerca ó de lejos, podía evocar el recuerdo del antiguo simbolismo. Se negaban á hablar de fraternidad, porque esta palabra de 1848 tenía resabios de asistencia y de caridad. Los más puritanos tenían por sospechosa á la *francmasonería*, porque había conservado emblemas que le daban cierto aspecto de religión (1). Hasta entonces

muy cerca de los dogmas católicos que, sin embargo, no conoció nunca del todo. En sus últimos días había experimentado profunda tristeza al observar el libertinaje del espíritu que se iniciaba, y más de una vez las perspectivas del porvenir le habían inspirado un lenguaje lleno de espanto. Cuando la Academia francesa tuvo que elegirle un sucesor, los votos recayeron en Julio Favre, el más fluido y literario de los oradores contem-



Monseñor Darboy

les había desesperado el verse obligados, en su propio país al menos, á un secreto severísimo. Pero he aquí que en el Parlamento se discutía una ley que, autorizando las reuniones populares, les permitiría quizás la predicación pública. En espera de esto, los más previsores repasaban las publicaciones revolucionarias, aprendían á discutir y grababan en su memoria fragmentos de arengas efectistas; y por la noche, reuniéndose en pequeños grupos, se repetían unos á otros, con toda clase de ampliaciones en la blasfemia, lo que habían aprendido.

Un incidente muy sugestivo probó en aquella época que el enemigo no era ya solamente el cristianismo, sino que hasta era el mismo Dios.

Un año antes había muerto Cousin, y había muerto

(1) Véase Ranc, *Sous l'Empire*, pág. 116.

poráneos y que se hallaba entonces en el apogeo de su fama. En sus mocedades, el ilustre abogado había asistido á los cursos de Cousin y conservaba la impresión de las lecciones del maestro. Dominado por aquel recuerdo, tuvo empeño, no en trazar un elogio vulgar, sino en grabar una imagen duradera. El día de su recepción fué un gran día en los fastos académicos. Los que en Julio Favre habían admirado al orador fueron conquistados por el escritor. Su único defecto hubiera sido quizá un exceso de magnificencia. Tan armoniosa amplitud, tanta majestad continua exhalaban casi un perfume de arcaísmo, pues aquel estilo de largos períodos no era ya el del siglo en su ocaso. Por considerable que fuese el acontecimiento literario, apenas se elogió el discurso. De éste sólo se citaba un pasaje, el que había señalado su finalidad. Hablando del jefe de la escuela

espiritualista, Julio Favre había osado saludar «al Dios que, por medio de la razón, se revelaba á la conciencia, al Dios cuya indeleble imagen conservaba el alma inmortal, al Dios de espíritu y de verdad.» Y, elevando cada vez más su pensamiento, había añadido: «La religión y la filosofía tienen su fuente en Dios; ambas se unen remontándose hacia Él por la misma ruta, la de la ciencia y de la libertad.» ¡Singular indicio de los tiempos! Estas dos frases escandalizaron á una porción de periódicos democráticos. El libre pensamiento tiene, como la Iglesia, su Congregación del Índice. El índice librepensador excomulgó al que había confesado á Dios. No fué menos notable el celo de la prensa conservadora y liberal en ensalzar el valor del nuevo académico. Era preciso que la perversión de las ideas fuese muy grande para que tan natural homenaje rendido á las doctrinas tradicionales mereciese tantos elogios. Así se afirmaban en aquella decadencia del imperio (y en ello residía uno de los mayores peligros) una nueva escuela que se proponía arrasarlo todo. Deísmo, espiritualismo, cristianismo, ¿qué importaban estas palabras vacías de sentido? Borrándose todos los matices, una reprobación igual iba á envolver á la vez á los que rezaban, como los pasados siglos, el *Credo* integral de la Iglesia y á los que se contentaban con repetir, como Julio Favre, la profesión de fe del *Vicario saboyano*.

III

«Sed desde luego ateos y seréis después revolucionarios,» decía en 1868 uno de los futuros miembros de la *Commune* llamado Jaclard. Esas palabras resumían un programa. El radicalismo político hizo invasión por la brecha abierta por el radicalismo antirreligioso.

La reseña de las desviaciones del partido democrático iba á ser una curiosa página en la historia del segundo Imperio. Durante la primera mitad del reinado y hasta en sus postrimerías, el objetivo principal había sido la conquista de la libertad. La reivindicación, muy tímida en 1857, se había formulado, seis años después, con mucha firmeza. Considerando únicamente París y las grandes poblaciones de provincias, las elecciones de 1863 habían sido el triunfo de la democracia política, es decir, de la que aspiraba á un cambio de instituciones y de régimen, pero que se guardaba de perseguir un trastorno de la sociedad. En aquella época habían sido elegidos ó reelegidos para el Cuerpo legislativo Julio Favre, Picard, Julio Simón, Garnier-Pagés, Pelletán y Marie, todos de origen y de educación burguesa, republicanos sin duda, pero republicanos pacientes, fijados en las fórmulas del liberalismo clásico, y á quienes el inmediato advenimiento de su partido hubiese causado más espanto que alegría. El único terrible era Pelletán, y aun no lo era sino de aspecto. Su elocuencia, solemne, recargada de imágenes, que se desenvolvía con aires de inspiración y frases de giro sibilino, dejaba una extraña impresión, mitad de profeta, mitad de sectario. Terminado su discurso, se mostraba muy tratable. Todos aquellos demócratas se parecían en cierta timidez rutinaria en las ideas que contrastaba con el tono atrevido de su lenguaje. En cuanto á las cuestiones sociales, se mostraban poco dispuestos á tratarlas. El único que las conoció fué Julio Simón, quien estuvo también

más comprometido que ningún otro en amistades ó alianzas sospechosas; pero se le sabía bastante hábil y flexible para apartar ó contener á los que hubiese atraído.

En la época á que hemos llegado, los representantes oficiales de la idea republicana empezaban á recibir un vigoroso impulso. Nuevos elementos, ora insinuándose separadamente, ora obrando juntos, determinaron la transformación ó, mejor dicho, la perversión del partido democrático.

La primera oposición, muy disimulada bajo las apariencias de la amistad ó bajo los tributos del homenaje, procedió de los que encontraban á los viejos republicanos demasiado activos. Como su longevidad pareciese algo desesperante, tomó cuerpo la idea de anticipar la apertura de su sucesión. Semejante idea había germinado ya en 1863, pero, después de algunos tímidos ensayos, había sido desechada como temeraria y prematura. Un solo medio se ofrecía para realizar tal designio, y consistía en formular, junto al antiguo programa republicano, otro programa más halagüeño, de colores más pronunciados y más atractivos por la amplitud de sus promesas. No se combatiría aún abiertamente á los que durante tanto tiempo habían sido proclamados como maestros, sino que se marcharía á la vanguardia del partido. De ese modo resultaría que á la próxima renovación de la Cámara los diputados sometidos á reelección se verían obligados, ó á seguir algo vergonzosamente á sus jóvenes y dudosos discípulos, ó á quedarse muy rezagados, como gente retardada y aviejada. Julio Favre y sus amigos se contentaban con insinuar la república: los hombres nuevos la proclamarían con ostentación, llamándose *irreconciliables*. Hasta entonces se habían dejado en la sombra las discusiones religiosas; á lo sumo se tocaba á ellas á propósito de la cuestión romana y, de tarde en tarde, á propósito de las congregaciones: los jóvenes, lejos de guardar tales contemplaciones, reclamaban ruidosamente la separación de la Iglesia y el Estado y la supresión del presupuesto de cultos. Introducirían nuevas locuciones en el vocabulario político, hablando de mandato imperativo ó de los derechos superiores del pueblo. La antigua oposición había ignorado las cuestiones sociales; la nueva escuela tampoco se tomaría el trabajo de estudiarlas, pero hablaría de ellas con tanta mayor abundancia cuanto menos las conociera. El procedimiento no era nuevo. Así hacen, en las dinastías reales, las ramas segundas que quieren reemplazar á las ramas primogénitas. De todos aquellos jóvenes impacientes, los más conocidos eran Julio Ferry, ambicioso y obstinado; Clemente Laurier, hombre de espíritu sardónico, y Gambetta, que había de aventajar á sus compañeros. Radicalismo ó república burguesa, poco les importaba: su única pasión era el progreso de su fortuna. Fuese cual fuese su excepticismo personal, sus profesiones de fe incesantemente explanadas iban á insinuarse en una gran parte del pueblo. De esta manera se inscribirían toda una serie de reivindicaciones, al lado de las cuales palidecerían los votos y las quejas de épocas anteriores.

La desviación sería sobre todo rápida si las clases populares, que recogerían aquel programa ampliado, disponían, para hacerlo valer, de las fuerzas que comunican el espíritu de asociación. Durante la primera mitad del

reinado, el peligro había parecido muy remoto y hasta quimérico. No porque los obreros hubiesen dejado de formar desde aquella época asociaciones bastante numerosas, tales como sociedades de crédito, de producción y de consumo, sino porque las duras represiones del pasado habían quitado las ganas de comprometerse en intrigas sediciosas, y dichas instituciones se habían desarrollado sin apartarse mucho de su fin profesional. Creyéndose al abrigo de toda hostilidad, el emperador había tolerado aquellos ensayos, y hasta los había ayudado en ciertas ocasiones. Se acercaba la hora en que se acentuaría en aquellas agrupaciones la evolución hacia la política. Algunos años antes, uno de los hermanos Reclús había dicho con clarevidente osadía: «Hay que organizar á las clases obreras desde el punto de vista industrial, y ello será para nosotros el medio de organizarlas más tarde desde otro punto de vista; así tendremos un instrumento dispuesto y un ejército constituido (1).» El pronóstico empezaba á realizarse, y pronto tendremos ocasión de decir cómo se realizó del todo.

Otra desviación del partido democrático nació de un retorno de la afición á las fórmulas revolucionarias. Durante aquellos últimos años del reinado pudo observarse en muchos jóvenes una tendencia á calcar á los convencionales, cuyos discursos, declamaciones y hasta la manera de vestir imitaban. Algunos abogados, como Floquet y Brissón, valiéronse de esa imitación para adelantar la hora de su fama, y, efectivamente, si no lograron hacerse célebres, adquirieron gran singularidad. Aquel aparato teatral, aquella reconstitución servil, acusaba cierta puerilidad. Mezclados en los acontecimientos más terribles que se habían conocido, los hombres del 93 podían, sin caer en el ridículo, adaptar á la grandeza de las coyunturas la solemnidad de su lenguaje. Setenta y cinco años después y en la paz del segundo imperio, sus imitadores eran trágicos sin tragedia. Los convencionales habían copiado á los antiguos y ellos se contentaban con imitar á los convencionales. Y, de decadencia en decadencia, llegó el caso de que ellos mismos tuvieran á su vez sus imitadores y, ¡cosa increíble!, hasta sus discípulos. Tanta exageración habría en insistir demasiado sobre la importancia de aquellas parodias como en juzgarlas enteramente inofensivas. Al propagarse, aquellos plagios de elocuencia revolucionaria fomentaban entre la juventud la afición á la retórica violenta que pronto había de encontrar su empleo en los clubs. El exceso en las palabras acostumbraría poco á poco á considerar sin espanto el exceso en los actos. De esta manera irían pervirtiéndose las costumbres democráticas.

Los hombres de quienes acabamos de hablar repetían gustosos las declamaciones de una época criminal, pero hubiesen repudiado el crimen. Por encima de los ambiciosos vulgares, codiciosos de fortuna; por encima de los obreros vagamente trabajados por el socialismo; por encima de los curiosos deslumbrados por las metáforas, se agitaban los que buscaban en la Revolución escenas animadas que imitar. En aquella época hubo las resurrecciones más inesperadas. En 1865, un futuro miembro de la *Commune*, llamado Tridón, cayó en la cuen-

(1) *Enquête sur l'insurrection du 18 mars*, declaración de testigos, pág. 192.

ta de que Hebert esperaba todavía su rehabilitación, y, en un folleto titulado *Hebert y el hebertismo*, se apresuró á colmar la laguna. Los fanáticos revolucionarios y los fanáticos de irreligión se daban la mano, pues ambos grupos se confundían. El personal era el que ya hemos descrito: estudiantes desertores de las aulas, obreros desertores del taller, publicistas desconocidos, comediantes sin contrata, abogados sin pleitos y sin esperanza de clientes, y además algunos nerviosos de todo rango social y de toda nación. El jefe (si jefe podían reconocer aquellos indisciplinados) era Blanqui, persona-



Victor Cousin

je misterioso, siempre presente, aunque invisible. La vigilancia del gobierno para asegurar el orden material no permitía las manifestaciones exteriores. El único recurso que se tenía era ensayar el día de Difuntos algunas demostraciones en los cementerios: había también los entierros civiles, doblemente explotados por los odios de secta y las pasiones políticas. «Como el insulto al tirano muerto era una amenaza para el tirano vivo,» se concibió el proyecto de celebrar el aniversario del 21 de enero. Del extranjero llegaban calurosos estímulos, y á veces reproches. «Vuestros padres no iban á Lieja, sino que iban al claustro de San Merry,» decía en una *Carta á los estudiantes* Félix Pyat, que no había estado ni en San Merry, ni en ningún otro punto donde se batían. Los jóvenes mantenedores de la escuela hebertista ó jacobina tampoco iban á San Merry, porque las calles y encrucijadas estaban bien vigiladas. En cambio, iban con frecuencia al Palacio de Justicia, donde había una sala, la sexta, que tenía la especialidad de juzgar sus fechorías. La inculpación era generalmente la de asociación secreta, ultraje á la moral pública ó insulto á los agentes de la autoridad. Invariablemente trataban